

LA NO
INDUSTRIALIZACIÓN
DE REQUENA

Juan Carlos Pérez García

LA NO INDUSTRIALIZACION DE REQUENA

Por Juan Carlos Pérez García

GUIÓN:

1. INTRODUCCION

2. LAS INDUSTRIAS TEXTILES EN EL SIGLO XVIII

3. INDUSTRIA VITIVINICOLA

4. EL DECLIVE DE LA SEDA Y LA ESPECIALIZACION AGROCOMERCIAL

5. LA DESINDUSTRIALIZACION

RESUMEN

Esta es la historia de cómo una ciudad de tejedores, una ciudad que basaba su prosperidad en la producción industrial, se transformó en una ciudad de campesinos, para fundamentar sus rentas en la producción de vino.

La más significativa de aquellas industrias fue la sedera, que conoció periodos de auténtico brillo, hasta que en el siglo XIX las curvas estadísticas de la sedería comenzaron a descender rápidamente hacia el extremo derecho de los gráficos.

En el marco de nuestro trabajo si exponemos el proceso de crecimiento de las industrias, no es por un mero interés descriptivo (1). Es esencial averiguar por qué la tendencia hacia un desarrollo diver-

gente de los ciclos económicos del sector industrial y del agrícola se vio invertida a favor de la agricultura, produciéndose finalmente un fenómeno de desindustrialización. Pero no pretendemos sino abrir nuevas vías de investigación y discusión.

En otras palabras; si es posible realizar alguna cesura en la historia económica de Requena, no nos cabe duda de que es a mediados del siglo XIX. Así, hasta esos momentos, a pesar de fundamentar su riqueza sobre una industria importante, era el sector primario el predominante. En cambio, la etapa que se inicia desde mediados del siglo pasado se caracteriza por la desindustrialización y el triunfo del monocultivo de la viña. De manera que una generación de empresarios volvió las espaldas a la industria y adquirió propiedades inmobiliarias.

Este pasado industrial está forzosamente relacionado con dos factores: el primero, el carácter de intermediación que desempeña -por condicionantes naturales e históricos- la economía comarcal con respecto a sus vecinas valenciana y castellana; el segundo, la agricultura, cuya influencia fue decisiva para el sector industrial, de manera que, durante la etapa de predominio cerealero, al ser incapaz de satisfacer las necesidades primarias de la población, estimuló la dedicación a las actividades de tipo industrial, y resultaba auténticamente vital en época de malas cosechas. En cambio, la etapa de predominio de la viña ha

permitido superar estas crisis.

A partir de las características mencionadas, trataremos de explicar la desindustrialización de nuestra comarca, teniendo en cuenta que es todavía mucho lo que queda por investigar, de acuerdo con el siguiente esquema:

- Análisis del proceso evolutivo de las industrias.
- Desarrollo de la especialización agrocomercial en el siglo XIX.
- Factores de la no industrialización.

1.- LAS INDUSTRIAS TEXTILES EN EL SIGLO XVIII

Para comprender mejor el desarrollo de la industria textil, es preciso distinguir entre la lana y la seda.

a) La industria lanera

Debido a la fuerte tradición histórica y al volumen de materia prima disponible, la industria lanera alcanzó un cierto grado de importancia. Requena poseía hasta el siglo XIX una importante cabaña ganadera, predominantemente ovina. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, la ganadería mesteña (2) representaba un porcentaje importante en la economía. Por entonces la ganadería ovina y caprina constaba de 32180 cabezas (3).

La disponibilidad de abundante lana autóctona explica el relativo esplendor de la industria lanera requenense durante la primera mitad del siglo XVIII. Hacia 1740, 50 telares, que producían estameñas,

cordelletes y albornos, estaban a cargo de 30 maestros, 70 oficiales y 30 urdidores. Elaboraban también paños pardos ordinarios, que, en 1749, eran producidos por 11 telares, 4 maestros y 6 urdidores (4).

La industria lanera requenense era una actividad dispersa, ya que, al alcanzar menor importancia que la sedería, no conoció posibles formas de concentración. El centro industrial era, desde luego, Requena, pero la importancia de esta industria rebasaba el marco de la ciudad y se extendía a las aldeas. En Camporrobles había en 1740, 11 telares corrientes, que servían también para el tejido de lienzo. En Villargordo se tejían 150 piezas con 8 telares, 5 maestros, 2 oficiales y 5 urdidores. Naturalmente dichas actividades estaban ligadas al centro, Requena (5).

El ciclo corto agrario tenía un influjo decisivo sobre la industria lanera, de manera que si, como consecuencia de la caída de la productividad agraria, se producía un ascenso de los precios alimentarios, el ciclo industrial podía llegar a asfixiarse, ya que el poder adquisitivo de la población tendía a concentrarse en los alimentos.

En efecto, se trataba de una producción barata, como la de la mayor parte de los centros pañeros castellanos, pues el mercado era principalmente local o comarcal, como nos informa Larruga. Probablemente la producción no se comercializaba más allá de las ferias y mercados comarcanos.

La materia prima era abundante e incluso se exportaba a zonas de Valencia, pero no era de buena calidad. Si Cuenca estaba dotada de la mejor lana de Castilla, Requena producía lana churra, de modo que una arroba de lana para tejer precisaba de 8 vellones de materia prima (6).

La decadencia de la industria lanera en la segunda mitad del siglo XVIII es un hecho evidente. El problema reside en precisar cómo y cuándo tuvo lugar el declive. En el momento en que Larruga escribe "únicamente se fabrican paños y xergas en seis telares todo vasto para uso propio de los vecinos" (7). Este declive coincide con la caída de la producción de tejidos baratos en toda Castilla.

Sin duda, la causa principal de la decadencia fue el retroceso de la cabaña ganadera. La extensión de los cultivos, como exigencia lógica de la expansión demográfica, produjo el necesario incremento de la producción agraria, lo que provocó el ascenso de los precios, sobre todo los de granos panificables. Pero también tuvo por efecto incrementar las rentas de la tierra, tanto las de cultivo como las de pasto, subiendo también los precios de los productos pecuarios de trashumancia y los de los pastos. Al subir el precio del grano y de las tierras de pasto se produjo una reducción de las explotaciones ganaderas, debido a su menor rentabilidad (8).

Las dificultades del campo en

la década de 1760 tuvieron que ser decisivas, pues el campesinado era el principal destinatario de los productos elaborados con lana. El efecto de estos problemas agrarios fue una contracción del mercado de este tipo de tejidos.

La industria lanera desapareció prácticamente. Nunca había conocido un crecimiento más allá del ámbito comarcal, pues la producción era muy basta. En consecuencia, la industria lanera estaba fuertemente condicionada por una base agraria feudal, de equilibrio bastante precario.

El estancamiento agrícola que vivió la comarca hasta el siglo XIX había condenado a muerte la producción lanera. La ausencia de progreso agrario significó inestabilidad en los precios, eliminando toda posibilidad de crecimiento del mercado comarcal de productos industriales. En resumen: la industria lanera, mero apéndice de la economía rural feudal del Antiguo Régimen, desapareció con ella en el siglo XIX.

b) La industria de la seda

La otra industria textil tradicional era la de la seda. Según Larruga, "la fábrica de tafetanes de la villa de Requena es antigua" (9), pero ha sido J. Piqueras quien ha precisado que los primeros tejedores de seda pudieron surgir en la segunda mitad del siglo XVI.

La sedería tiene unos orígenes bastante peculiares, no sólo porque la comarca carecía de materia prima

autóctona, sino también porque no existía ningún mercado cercano que absorbiera la producción.

Se manejan tres hipótesis sobre los orígenes de la sedería. La primera: la necesidad. En medio de una economía agraria deprimida, la dedicación a una actividad industrial de este tipo debió ser más renumeradora. En este sentido, el establecimiento de la sedería en Requena debió de suponer una reducción espectacular de costes, especialmente en mano de obra; así, el campesino producía tejidos para completar sus ingresos agrícolas y no le importa a aumentar su trabajo y llegar a la "autoexplotación".

Así que, en segundo lugar, Requena tomó el ejemplo de sus vecinos valencianos y conquenses. Finalmente, el papel de intermediarios que desempeñaban los requenenses con las economías vecinas atrajo maestros a la ciudad y facilitó la comercialización de las producciones (10).

Tenemos indicios de que Requena, como Castilla, sufrió la crisis del siglo XVII. Estos problemas pudieron enlazarse a las dificultades que la comarca y la ciudad atravesaron en los albores del siglo XVIII, consecuencia de su participación junto con la Casa de Borbón en la guerra de sucesión.

La depresión originada por estos conflictos ocupó el primer cuarto de siglo, pero la industria volvió a retomar su potencia en la década de los años 30, a pesar de las

restricciones impuestas por las ordenanzas de 1725. En realidad, no eran las primeras, pues el Gobierno, "con el fin de perfeccionar las fábricas y aumentar el comercio", elaboró las Ordenanzas Generales del Arte de la Seda de abril de 1648, vigentes hasta la expedición de otras nuevas en septiembre de 1682. El dictamen de Larruga acerca de tales reglamentaciones no es favorable:

"Baxo de unas y de otras se gobernó la fábrica de Requena, bien que con la experiencia del detrimento de sus fábricas, como acaeció a las demás del Reyno" (11).

Pero las Ordenanzas de 1725, nacidas en el contexto de la política económica de los primeros Borbones, mercantilista y de inspiración colbertista, estimularon el desarrollo industrial. La principal ventaja radicaba en que la formación y evaluación de los nuevos fabricantes se podrían realizar ahora en la propia villa, sin tener que viajar a Valencia, Toledo o Granada. Esta normativa estuvo en pie hasta 1737, año en que fue sustituida por otra nueva, ya que la lectura de las de 1725 había suscitado numerosos conflictos, como consecuencia de los frecuentes fraudes y excesos cometidos por los maestros. En doce años toda una legislación se vino abajo, seguramente por obstáculo que suponía a la hora de coordinar producción, mercado y situación interna de las empresas.

En 1737, "se hallaba esta fábrica bien acreditada, y en bastante

auge" (12). Dos años antes contaba con 231 maestros y 448 telares, y en el mismo año 1737 con 244 maestros. Eran 292 maestros en 1740, 273 oficiales, 114 aprendices y 415 telares, que producían 50150 piezas de a 100 varas. Este incremento de los maestros era el resultado de la atracción que el progresivo auge industrial de Requena despertó en los especialistas toledanos y valencianos. En 1742, 1000 personas trabajaban en 500 telares. Requena se había convertido en una ciudad industrial.

Gracias a Larruga conocemos el informe transmitido por la industria sedera de Requena a la Real Hacienda. Los sederos denunciaban la rigidez de las normas que afectaban a la producción. También sabemos que la producción de cada telar era de 1000 varas anuales y que los impuestos que pagaban de alcabala los productos elaborados suponían 2500 reales, al pasar por las aduanas de Toledo, Madrid, Sevilla y Cádiz (13).

"Los fabricantes se vieron embrazados con la rigurosa observancia del reglamento general de texidos de seda que tenía España para estas labores, La Fábrica de Valencia lograba dispensa y se toleraba la falta que se texiesen algunas telas con menos peso que el prescrito por las referidas ordenanzas. Esta tolerancia para unas fábricas y otras no, no era conveniente dentro de un mismo dominio, y á distancia de pocas leguas" (14).

Este memorial de 28 de febrero de 1747 representaba la queja de los sederos ante la Real Junta Gene-

ral de Comercio y de Moneda. Según los industriales, el peso de los tejidos no se adecuaba a los reglamentos por la finura de la materia prima, procedente de Valencia. Tras ello, sin embargo, no sólo se encontraba la exigencia de un trato similar al de otros centros sederos, sino también un deseo de ampliar los márgenes del beneficio industrial.

Esta situación condujo a numerosos pleitos y denuncias, "y por fin lo que se sacó fue gastar dinero con perjuicio del fomento de la misma fábrica" (15).

Pero la crisis se abatió sobre la industria sedera a partir de 1751. De los 618 telares que había a comienzos del año, sólo pudieron trabajar 188, esto es, poco más del 30%. Los problemas eran tan graves que los maestros de 70 telares emigraron a otros centros industriales de Castilla.

¿A qué factores respondía la crisis industrial de la seda? Los propios afectados se acusaban unos a otros de cometer fraudes y desprestigiar con ello los productos industriales de la ciudad. Es posible que la buena marcha de los años anteriores elevara el número de telares por encima de la capacidad del mercado para absorber toda la producción. Esto significaría que la industria sedera tenía un tope difícil de rebasar y que, por tanto, suponía un gravísimo obstáculo para la conversión de la industria sedera en factor progresivo de industrialización.

El establecimiento en 1757 de una marca para los tafetanes producidos en Requena tuvo que ser bastante perjudicial. Si, por una parte, suponía una garantía de calidad que elevaba el prestigio de los productos requenenses, hay que tener en cuenta que, al menos en teoría, impedía la fabricación de tafetanes de menor peso, ni siquiera cuando el mercado lo demandara. La obra de Larruga rezuma libertad económica, y sobre este tema es bastante claro:

"Yo creo que eran suficientes estas trabas para desterrar las encomiendas de comerciantes de la fábrica de Requena" (16).

De todos modos, la opinión de Larruga no puede ser tenida en cuenta en su totalidad, dada su adscripción a la libertad económica y su posición, como se desprende de la lectura de su obra, contraria a toda reglamentación al respecto.

Durante la década de 1760 las dificultades continuaron. En este caso, los problemas del sector agrario debieron de ser vitales. El crecimiento demográfico de la España del Setecientos impulsó, en la segunda mitad del siglo XVIII un espectacular crecimiento de los precios de los productos de primera necesidad, tales como el trigo, puesto que el crecimiento de la producción agraria no pudo seguir el ritmo de crecimiento de la población y, en consecuencia, la demanda estuvo siempre por encima de la oferta.

El ascenso de los precios de los cereales también estuvo impulsado

por la libertad de precios en el comercio de los granos desde 1765, puesto que la supresión de la tasa hizo que los precios del trigo se movieran de acuerdo con el mercado.

Ciertamente el mercado de los productos de seda no estaba en las clases bajas, las más afectadas por los problemas agrarios; también es cierto que una gran parte de la producción salía a mercados extranjeros.

Ahora bien: los tejedores requenenses no compraban sus productos en el extranjero; de modo que las dificultades del campo les afectaban en lo que se refiere al aprovisionamiento de alimentos, reduciendo su capacidad adquisitiva.

No es desdeñable la presión de otros factores, tales como el encarecimiento de la materia prima, que procedía de la vecina Valencia, como consecuencia de su extracción hacia el extranjero, y la competencia de tejidos procedentes de Francia.

El punto más bajo del gráfico lo ocupa 1767, el peor año de la sedería. De los 619 telares que tenía de tejidos de ancho sólo pudieron trabajar 30, es decir, apenas el 5%. De angosto existían 13, pero se quedaron sin trabajar 8 (el 61'5%). Sin duda, el trabajo de los tejedores era temporal, tal vez estacional, pero las cifras de inactividad reseñadas son indicador de profunda decadencia.

Los más perjudicados por la crisis fueron aquellos tejedores que no disponían de tierras, tal y como

señala Eugenio Larruga: "Padecieron mucha miseria los tejedores que no tenían otro arbitrio para su subsistencia que el ejercicio del oficio que les enseñaron" (17).

Los años 1770 fueron una década de auge, no sólo por andar nuevamente el camino desandado, sino por llegar al máximo del siglo XVIII en número de telares, 756. Pero fue un camino difícil, pues estallaron conflictos internos entre tejedores y comerciantes, dos grupos económicos con intereses bastante dispares. El problema nacía de la pobreza de caudales de los comerciantes, que pagaban a sus tejedores en especie; naturalmente, de esta manera la economía de muchos tejedores se veía deteriorada, poniendo en peligro el futuro mismo de la industria sedera.

2.- VITICULTURA E INDUSTRIA

Antes de mediados del siglo XIX, el cultivo de la viña estaba reducido a la mínima expresión, es decir, "la viticultura requenense apenas si logra superar el nivel de subsistencias" (18). El Catastro del Marqués de la Ensenada (1752) registra apenas 400 has. plantadas de vid, cifra que se cuadruplica a principios de la década de 1820.

La extraordinaria progresión ascendente de las hectáreas cultivadas de vides se atribuye al incremento del consumo internacional de aguardiente. La demanda en crecimiento procedía de Europa, ya que

el incremento del tráfico marítimo comercial había convertido al aguardiente en la mejor salvaguardia frente al escorbuto. De hecho también se debía al aumento del consumo de "brandy" y al uso de los aguardientes como encabezamiento de vinos de grado alto y para elaborar ginebras.

A nivel de nuestro país, hay que añadir otros dos factores, según J. Piqueras, como el crecimiento del consumo en las colonias americanas y el propio incremento del consumo interno. De esta manera, las demandas local, nacional, colonial e internacional impulsaron la especialización agraria de muchas regiones españolas, y entre ellas Cataluña (19).

Para Requena, esto significó un progreso importantísimo de las viñas con respecto a los cereales, pastos y tierras sin cultivar, y vinculó la producción de la comarca a mercados externos, al ir unido a este carácter comercial una importante faceta industrial.

En Requena, y también en Utiel, existían verdaderas "fábricas", pero ello no significa que no se trate de una industria auténticamente rural.

La reducción de los caldos a aguardiente era el destino de la mayor parte de la producción de vino de la comarca, por lo menos durante el siglo XVIII. No podían ser de otra manera por cuanto las exigencias del mercado iban en ese sentido. Por tanto, la destilación del vino no es un expediente para salir del paso cuando

retrocedía la capacidad de absorción del mercado de vino.

Por otra parte, dada la situación interior de la comarca y un sistema de comunicaciones muy deficiente, los vinos de la comarca no soportarían el coste de su transporte a los mercados de consumo o a puerto. Convertidos en aguardiente, los vinos reducían su volumen en un tercio, con el consiguiente ahorro en costes de transporte (20).

Sin embargo, ha de delimitarse la penetración del aguardiente requenense en las redes mercantiles internacionales. Sólo en una pequeña parte, la economía vitícola había superado el nivel del consumo comarcal. De hecho, sabemos que, a finales del siglo XVIII, tan sólo la quinta parte de los 7600 hectólitros de la cosecha de Requena se comercializaban en el exterior (21).

CUADRO Nº 1

Fábricas de aguardiente en Requena y Utiel 1835-1900

	UTIEL	REQUENA
1835	---	1
1845	5	2
1855	---	---
1860	7	4
1865	---	---
1870	---	---
1875	---	---
1880	4	2
1900	3	1

FUENTE: J. Piqueras, La vid y el vino en el País Valenciano, pag. 66

En el decenio de 1760 funcionaban en Utiel varias fábricas, pero en los albores del siglo XIX, entre Utiel y Requena sumaban cuatro, que estaban en manos de fabricantes locales.

Tal y como se desprende de una lectura del cuadro núm. 1, el máximo de fábricas se alcanzó en 1860, aunque desconocemos los datos de los veinte años posteriores; en cualquier caso, se confirma una tendencia decreciente, pues ha comenzado el declive de la industria del aguardiente. Las exportaciones cayeron, y el mismo aguardiente nacional hacía frente en malas condiciones a la invasión de aguardientes y alcoholes industriales europeos. A esta situación contribuyeron la fabricación de aguardiente a partir de la patata y la remolacha, cuyo coste era menor que el extraído de la destilación del vino y, por tanto, pudo beneficiarse de la clientela creada por el aguardiente vínico. También contribuyeron a reducir el mercado de este producto las facilidades arancelarias que España concedió a la importación de aguardiente, junto con las altas tasas arancelarias que el aguardiente español pagaba al atravesar las fronteras francesas e inglesas.

En la segunda mitad del siglo XIX, diversas circunstancias internacionales favorecieron la exportación de vino. Aunque algunos fabricantes de aguardiente reconvirtieron y transformaron sus industrias para destilar alcohol procedente de vino,

es un hecho que el mercado del nuevo producto no era tan amplio como para permitir la supervivencia de todos los aguardienteros. Así en 1900 sólo quedaban 4 fábricas; la concentración era una realidad.

3.- AGONIA DE LA SEDA Y ESPECIALIZACION AGROCOMERCIAL

Es un hecho indiscutible el declive de la sedería durante el siglo XIX. Serán tan importantes los obstáculos con los que tropiece que va a ser imposible su continuidad. Sin embargo, el gran protagonista del Ochocientos requenense fue el viñedo, especialmente desde los años 1850.

La sedería era una industria muy dependiente de los mercados de exportación, de tal manera que sufrió profundamente los reveses de las crisis bélicas del tránsito secular. De este modo, los problemas internos desatados en los años de 1770 entre productores y comerciantes se prolongaron en la contracción de los mercados hasta la década de 1820, momento en el que empieza a solucionarse la crisis.

No es un factor desdeñable la independencia de la mayor parte de los territorios americanos de la Monarquía como responsable de la crisis. De hecho, está demostrado que estos acontecimientos afectaron a toda la industria nacional. Ahora bien: la pérdida de los territorios continentales americanos no cortó

totalmente las relaciones comerciales españolas, ya que "es muy probable la existencia de un comercio de tránsito hacia estas regiones a través de las colonias antillanas y, en el caso de las exportaciones, de Brasil" (22).

El mismo L. Prados de la Escosura ha comprobado que, entre 1792 y 1827, se produce la desaparición de las importaciones de seda en rama, a la par que el auge de sus exportaciones, la caída de las exportaciones totales de seda hilada o torcida y el descenso de las exportaciones de tejidos de seda y el aumento de sus importaciones (23).

Estamos muy convencidos de que la decadencia industrial no sólo es imputable a factores externos. Sin duda factores que afectaban al desarrollo interno fueron de gran importancia e, incluso, son anteriores en el tiempo a las crisis bélicas de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

Un ejemplo bastará para captar el calado de la depresión. Si en 1819 habían 171 telares, tenemos noticia de que no trabajaron la mayor parte del año e incluso 44 de ellos trocaron la producción de artículos de seda por la de lienzos, una producción que tenía un mercado mínimo asegurado a nivel local y/o comarcal.

Desde la década de 1820 la industria sedera entró en un período de recuperación de mano de la mecanización del tejido. Las innovaciones consistieron en la instalación de 74 telares franceses Jacquard, que en

Gran Bretaña también entraron en las mismas fechas (24). La mecanización debió de impulsar la productividad. Sin embargo, desconocemos el impacto sobre el empleo, pero sabemos que esta innovación no fue muy popular entre los tejedores con recursos económicos más cortos: no sólo no podían hacer frente a la compra de una maquinaria tan sofisticada; además, si se extendía la capacidad de producción de estos telares, sus economías se hundirían y acabarían trabajando como obreros para los potentados poseedores de la nueva máquina.

De hecho hacia 1840 habían sido introducidos 36 nuevos Jacquard y 553 telares corrientes; es decir, existían 589 telares. Es evidente, pues, que la mecanización iba progresando, aunque con lentitud.

Una nueva fase regresiva azotó a la sedería a principios de los años cuarenta. Según J. Piqueras, el motivo de la misma era que los hilados, que proporcionaban los comerciantes a los tejedores, eran de deficiente calidad. Era una manifestación más del enfrentamiento que existía a lo largo de todo el proceso productivo entre capitalista y artesano. Finalmente, se decidió importar seda hilada de Valencia y cerrarla mayoría de los tornos locales (25).

El último acto de la sedería, en 1858, fue un paso adelante limitado y sin futuro alguno: la creación de dos fábricas, una de las cuales trabajaba con una máquina de vapor, para el torcimiento de seda. Siempre la

seda; y, sobre todo, todavía en la segunda mitad del XIX, cuando ya no era la materia textil del desarrollo económico.

Para la mayoría de los comerciantes que no se habían fugado a otras zonas industriales del país, un nuevo sector económico les abría amplias posibilidades de enriquecimiento: el viñedo y la inversión en tierras se mostraban con el tiempo no sólo una inversión segura, sino, por encima de todo, rentable. Y la industria sedera se enfrentaba cada día a más problemas, tanto externos (como la extensión de la enfermedad de "pebrina" en Valencia) como intrínsecos al propio sistema de producción preindustrial.

En efecto: con el tiempo, Requena llegaría a especializarse económicamente en la viña. En 1752, de las 16000 has. que en el término municipal se hallaban dedicadas a cultivos, sólo 396 eran plantaciones cerealícolas. Pero era la industria sedera la que tenía más peso en la economía requenense. Sin embargo, en 1884 la viña ocupaba 5475 has. (26) y en 1890 la industria era sólo un recuerdo.

¿Cómo se había llegado hasta este punto? Mendels y Jones habían explicado las especializaciones regionales en términos de ventajas comparativas. Así, para Jones, las regiones fueron descubriendo progresivamente su ventaja comparativa en la agricultura o en la industria, y fueron concentrando cada vez más sus recursos en una u otra. Pero este

tipo de razonamiento resulta insatisfactorio, pues no explica sino el resultado del proceso, no los orígenes del mismo.

No se trata simplemente de culpar a la especialización agraria comercial de la segunda mitad del siglo XIX de la desindustrialización. La cuestión es más compleja: consiste en dar una explicación satisfactoria a por qué los comerciantes de la sedería no reinvirtieron sus capitales, que, a fin de cuentas, procedían de los beneficios obtenidos en la actividad industrial, en el propio sector del que procedían.

Por efecto de este proceso, Requena ha pasado en un siglo del monocultivo cerealícola al monocultivo vinícola; esto es, de la agricultura tradicional, basado en los cereales, a la agricultura exportadora, la viticultura.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII tuvo lugar la primera oleada de plantaciones de viña, que está estrechamente relacionada con el incremento de la demanda de aguardientes. Pero la fase resolutoria, la que va a marcar el futuro de la comarca, se produjo durante la segunda mitad del siglo XIX.

El apogeo de la vid es inseparable del mercado exterior y de la crisis de la viticultura francesa. Los problemas que desde 1854 azotaron a las viñas francesas (oidium y filoxera) fueron decisivos para que se incrementase la superficie de dedicación vinícola en la comarca. Se tiene constancia de que, entre 1856 y 1865,

fueron plantadas 4000 has., que, para Piqueras, podrán ser mayores. Mientras, nuestra comarca quedaba prácticamente a salvo de las plagas que se extendían por Francia y Cataluña.

La fuerte valorización de la viña convirtió la inversión en el sector agrario en algo rentable, por lo menos más seguro que las inversiones en el sector industrial. El malestar industrial de casi medio siglo en el engarce del siglo XVIII con el XIX pudo sentenciar a la economía de Requena a la desindustrialización. Los largos periodos de estancamiento hicieron que las nuevas perspectivas agrarias resultaran de lo más atrayentes.

Los nuevos tiempos favorecían la viticultura, cuyo papel creciente sería respaldado por la construcción de la carretera de las Cabrillas y de la línea de ferrocarril.

Por otra parte, las exportaciones de vinos a Francia se vieron estimuladas desde 1882, al facilitar el gobierno francés, a través de un tratado comercial, la importación de los vinos españoles; los vinos tintos nacionales se usaban en el "coupage", lo que permitía mantener los mercados del vino francés (27).

Los beneficios de la viticultura se canalizaron para la ampliación de las tierras cultivadas de viña y para replantar las viñas afectadas por la filoxera. En estas circunstancias, no era posible un trasvase de capitales, pero esta vez en sentido contrario, hacia el sector industrial.

4.- LA DESINDUSTRIALIZACION

Durante el siglo XIX, la evolución económica de Requena, se concretó en dos fenómenos que se han mostrado fundamentales con el devenir de la Historia: la desindustrialización y la especialización simultánea en la agricultura comercial.

La base industrial de Requena era tan débil que fue incapaz de desencadenar un proceso generalizado de industrialización al estilo británico. Nadie puede discutir, sin embargo, que los capitalistas del momento supieron aprovechar la oportunidad que les brindaba la inversión agrícola, aunque la mayoría no se mostró emprendedora en materia industrial.

Es posible que el traslado de capitales generados a partir de los beneficios industriales a la agricultura comercial fomentara el paralelo proceso de desindustrialización. No obstante, estamos persuadidos de que la influencia de este fenómeno en la desertización industrial de Requena fue bastante limitada.

La desindustrialización no puede explicarse únicamente por la confluencia, dentro de un contexto crítico, de factores externos de carácter diverso, tales como la pérdida de las colonias continentales americanas o el impulso de la demanda vitícola internacional. Es necesario plantear el problema con un perspectiva más amplia, para considerar factores intrínsecos a la industria re-

quenense, así como el deficiente sistema de comunicaciones y transportes y los obstáculos de la agricultura tradicional.

La producción industrial de Requena se hallaba organizada de acuerdo con la llamada protoindustrialización, concebida como industrialización antes de la industrialización" (28). En realidad, se trataba de una industria rural agremiada; pero esta forma de organización se parece mucho al "Verlagsystem". No creemos que las ordenanzas sirvieran para mucho, ya que tenemos noticia de múltiples fraudes y querellas nacidas de la diferente interpretación que daba cada fabricante. Falta un estudio de las ordenanzas, pero la cortedad de las fuentes causa el desánimo de la iniciativa.

Las relaciones de producción que se entablaban en el seno de la industria doméstica requenense partieron del hecho de que las economías de los tejedores sólo excepcionalmente podían vender al consumidos directamente sus productos. En el caso concreto de la industria sedera, los productores todavía tenían más difícil la comercialización por sus propios medios, ya que la mayor parte de sus productos eran consumidos en otras regiones españolas y en los mercados internacionales. Los mercados de consumo de la producción sedera no estaban al alcance de los productores inmediatos. Los tejedores tampoco estaban capacitados para adquirir las mate-

rias primas, más todavía cuando éstas, en lugar de ser autóctonas, tenían que ser importadas de Valencia. Los productores también carecían del suficiente capital para hacer frente al lapso de tiempo que separa la producción de la venta del producto (29).

Este era el momento en el que aparecía el intermediario o comerciante, quienes, a mediados del siglo XVIII, provenían del estrato de los productores (30), y eran por esas fechas unos 40. A finales del siglo XVIII el capital comercial había llegado a controlar casi todos los tornos de hilar.

Algunos tejedores conservaron una cierta independencia: son los que en 1786 declaran ventas por debajo de los 20000 reales (31). En la práctica, esta autonomía era más formal que real. El comerciante-Verleger les proporcionaba las materias primas y controlaba los precios de compra, resorte crucial con el que podrá ejercer, en palabras de M. Dobb, una especie de "explotación por el comercio"; los productores vendían su trabajo a cambio de un salario por pieza producida, aunque siguieran siendo dueños del instrumento, lo que no era sino un expediente del comerciante para, permitiéndoles la "ilusión de la propiedad" (K. Marx), disminuir los costos de producción y obtener mayor margen de beneficio.

Para los comerciantes, el sistema doméstico ofrecía múltiples ventajas. El capital podía circular li-

bremente y no estaba sujeto a una inversión fija. Así, podía incluso salir del propio sector industrial hacia campos de inversión como la agricultura, por ejemplo. La fuerza de trabajo se mostraba muy flexible. De acuerdo con las exigencias del mercado, el productor inmediato podía incrementar o disminuir la fuerza de trabajo empleando o prescindiendo de los miembros de la familia, llegando incluso a la "autoexplotación" (Chayanov)).

Se había introducido entre los comerciantes una fuerte diferenciación económica. Los más capacitados para sobrevivir las crisis eran los más poderosos. Cuando una mala coyuntura retiraba del oficio a los comerciantes más débiles, los potentados acaparaban el sector de tejedores que había quedado libre. Así sucedió en el último cuarto del siglo XVIII. Si en 1786 existían 61 comerciantes, que declaraban ventas por casi 3'4 millones de reales, en 1791 eran sólo 31, pero las ventas superaban todavía los 3 millones de reales. Al calor de la crisis finisecular, los comerciantes más potentes pasaron a concentrar la producción (32).

La concentración era todavía más brutal en 1831, pues la mitad de la producción había pasado al control de los intermediarios de dos compañías extracomarcales, con cuya potencia difícilmente podían competir los comerciantes locales (33).

El proceso de concentración del capital comercial pudo ser per-

nicioso para la sedería. Los beneficios abandonaban la comarca para llenar las arcas de las compañías, cuyo potencial económico pudo arruinar a los comerciantes locales.

En realidad, el capital comercial movilizado por la industria sedera era cosa de unas pocas familias (34), beneficiarias de las concentraciones. Para este reducido grupo de capitalistas la industria era rentable, especialmente con unas relaciones de producción de las características relatadas. La clase de los comerciantes fue atacada durante por la crisis general de la sedería durante el siglo XIX y bastó la competencia de dos compañías foráneas para apartarlos de la sedería.

Los comerciantes no se mostraron dispuestos a caminar hacia el sistema fabril. Por otro lado, la mayoría de los productores habían permanecido al margen del progreso tecnológico. Es cierto que en los años 1820-40 se introdujeron cambios cualitativos en los medios de producción, al introducirse un centenar de telares franceses Jacquard (35), pero éstos sólo representaban el 18% de la cifra total de telares, porcentaje bastante exiguo, aunque su participación en el volumen de producción tuvo que ser bastante superior. La introducción, ya en la segunda mitad del siglo XIX, de una máquina de vapor y del sistema fabril fue un intento aislado y tardío; careció de efectos multiplicadores y nadie tomó el ejemplo de este capitalista emprendedor (36).

En pleno siglo XIX, la industria de Requena se obstinaba en comercializar los productos de seda. La industria textil sedera había crecido gracias a la capacidad de encauzar un amplio sector de la demanda en ascenso de productos de lujo, que se enraizaba en el aumento de los ingresos de las clases media y alta. La práctica totalidad de los productos se comercializaban fuera (Valencia, Castilla, Andalucía, América); por esto el riesgo de sufrir la desindustrialización era mayor, ya que el futuro de la industria sedera se decidía lejos de la misma Requena.

El algodón se había convertido en un peligrosísimo rival. Inglaterra había conseguido emprender el proceso de industrialización, obteniendo una enorme ventaja en el mercado mundial con respecto a sus rivales. A nivel nacional, los textiles catalanes no encontraban rival. Era, pues, urgente que la industria doméstica de Requena iniciara rápidamente su propio proceso de industrialización.

No sólo existían exigencias exógenas vinculadas a la lucha por conquistar el poder adquisitivo industrial, sino que las propias contradicciones de la industria doméstica la empujaban a su fin. Apenas tenemos conocimiento de ellos, pero existieron conflictos sociales internos. No sólo estallaron querellas entre los propios tejedores dentro del marco gremial, sino entre el capital comercial y los tejedores. Ade-

más, el sistema doméstico tendía a perpetuarse a sí mismo (37), pues cuando las condiciones del mercado lo exigían la respuesta del productor era la ampliación extensiva de la mano de obra con la multiplicación del número de telares (38), en lugar de introducir medidas de intensificación y desarrollo tecnológico.

Hasta cierto punto, la industria doméstica había preparado el camino para la industrialización. Había formado un grupo de trabajadores expertos, parte de los cuales fueron aprovechados por la única fábrica que se montó en 1858. Habían surgido unos comerciantes que habían acumulado capitales durante la protoindustrialización y que podían convertirse en los agentes del proceso de industrialización. Durante el curso de la protoindustria se había creado un mercado nacional e internacional para los productos de Requena. En estos tres campos, el sistema doméstico había sentado las bases de la industrialización. Pero ésta jamás se emprendió.

En realidad, aparte de estas tres condiciones, pocas más podían encontrarse. Los fundamentos industriales de Requena eran muy frágiles. La instalación de una industria de la seda había sido prácticamente un contagio valenciano (39) y carecía de las materias primas con las que abastecer las necesidades de su industria. Esta circunstancia convertía a la sedería en una industria dependiente.

Incluso durante el período de máximo apogeo de la industria textil sedera, el siglo XVIII, el sector agrario seguía teniendo una importancia vital. De hecho, el desarrollo industrial de Requena en la Edad Moderna estuvo condicionado por sus bases agrarias. La agricultura tradicional no podía proporcionar las bases para el desarrollo económico, no sólo por sus estructuras (40) sino por su escasa productividad, que la situaba casi permanentemente al borde de la crisis de subsistencias. Cuando la productividad se incrementó en el siglo XIX con la viña no fue para impulsar el desarrollo industrial.

Durante el siglo XIX las relaciones de propiedad cambiaron sustancialmente. La viticultura superó la incapacidad de la economía agraria feudal para introducir innovaciones y mejoras en la agricultura. No sólo el pequeño campesinado, sino también los tejedores, cada día con más dificultades, se sintieron seducidos por las nuevas perspectivas de propiedad que se abrían ante ellos.

Pero no fue el régimen de plantación de viña (41) el que sentó las bases del posterior desplazamiento de los capitales industriales hacia la agricultura, mientras decaía la actividad industrial. El Catastro del Marqués de la Ensenada demuestra que muchos tejedores ya poseían tierras, aunque exiguas, en 1752 (42). Es difícil que el reparto de tierras concejiles de 1768 a los tejedores que padecían la crisis de la sedería,

convenciera a muchos de ellos de las bondades de la agricultura, aunque les concediera un medio de vida complementario al industrial; como máximo, introdujo a los tejedores que no lo habían hecho antes en el sector agrario. Los comerciantes se aprovecharon más de las desvinculaciones del siglo XIX.

Si es bien cierto que el sistema de plantación de viña (43) fue para muchos tejedores empobrecidos la solución a sus problemas económicos, o por lo menos un nuevo campo de ilusiones, ya que con relativa facilidad podían acceder a la propiedad de unas tierras durante tanto tiempo al margen de los circuitos del mercado.

El vino proporcionaba mayores beneficios, pues es un producto que se destina principalmente al mercado apenas existe retención doméstica, ni es necesaria una parte de la cosecha para asegurar la siembra; además, "a superficie igual, el rendimiento de la viña es superior al de todos los grandes cultivos" (44).

En estas condiciones, la viña y la actividad industrial, tal y como estaba organizada en el sistema doméstico, eran actividades incompatibles, aunque se han comprobado las debilidades de la teoría de la protoindustrialización con respecto de la viña (45). El problema no se reducía únicamente a que la vid facilitase un volumen mayor de ingresos. Como señaló Colbert, era un obstáculo para la industrialización porque ocupaba a todos los habitan-

tes del pueblo. "Aunque asentara sobre la región a una población densa y aunque facilitara el desmembramiento de tierras en pequeñas parcelas, ocupaba al viñador la mayor parte del año" (46). Hacía tiempo que los tejedores compaginaban agricultura e industria, pero desde el siglo XIX la dedicación a la mera agricultura comercial de la viticultura fue, en poco tiempo, haciéndose cada vez más exclusiva y dificultando el progreso industrial.

RESUMEN

En el curso de una generación, Requena volvió la espalda a la industria y enfocó todo su interés y capital en la agricultura comercial. Tanto para el desarrollo industrial del siglo XVIII como para el agrario del XIX, la fuerza motriz exógena fue el crecimiento de la demanda de productos en los mercados nacionales e internacionales.

Es cierto que la pérdida de los mercados coloniales constituía un grave obstáculo para la expansión industrial, así como la competencia del todopoderoso algodón catalán. Eran otros tiempos, los de los tejidos baratos. Pero la incapacidad de la industria sedera para adaptarse a las nuevas circunstancias remite a su organización interna. El comerciante ejercía el control sobre el proceso de producción, más todavía cuanto que la Revolución Liberal había desmantelado el tejido corporativo. Consiguieron avanzar hacia la mo-

dernización industrial al mecanizar la producción. Pero no dieron un paso decidido al sistema fabril; las medidas que en este sentido tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XIX estaban condenadas al fracaso, ya que para entonces la competencia internacional era tan grande que difícilmente un proceso industrial tan minoritario como el de Requena podía hacerse con una cuota de mercado que le permitiera iniciar una auténtica industrialización.

Requena había puesto su esfuerzo en la seda; en tanto que la diversificación de productos podía constituir una vía para el crecimiento de la industria textil. El lino y la lana no habían pasado de ser industrias de carácter local; tal vez podían crear riqueza, pero, en modo alguno, eran impulsoras del desarrollo económico.

La agricultura no hizo ninguna aportación a la industria. Supuso, por el contrario, un obstáculo, tanto en el siglo XVIII, como en el siglo XIX. Sin embargo, la raíz de la no industrialización de Requena en el siglo XIX no es el impulso alcanzado

por la viticultura. El trasvase de capitales industriales al sector agrícola no es sino la consecuencia del fracaso industrial de la sedería. La expansión de la viña tiene lugar, no sólo como respuesta a la creciente demanda internacional, sino en el contexto de una crisis industrial de consecuencias mortales para la sedería.

En resumen: la industria terminó desmoronándose por su falta de competitividad, por ser demasiado exclusivista y por falta de iniciativas. En otras palabras, es necesario relativizar el influjo de los factores externos en la desindustrialización.

El viñedo ofrecía perspectivas halagüeñas. Ciertamente, tuvo un cierto carácter positivo para el desarrollo de Requena. Pero, ¿cuánto durarían los buenos tiempos? Hoy lo sabemos. Nos encontramos en la peor crisis socioeconómica, cultural y mental de toda nuestra historia. La vía del futuro no tiene que ver con exclusivismos; la única fórmula capaz de asegurar una prosperidad auténtica y duradera pasa por la diversificación.

NOTAS

- (1) La parte descriptiva se basa en un breve trabajo desarrollado para la asignatura Fenómenos Económicos del profesor T. M. Hernández.
- (2) Juan Piqueras (1981) p. 263
- (3) Ibid, p. 211
- (4) Eugenio Larruga (1792), XIX , P. 114
- (5) Ibid, pp. 128-133
- (6) Juan Piqueras (1987), p. 66
- (7) Eugenio Larruga (1792), XIX, p. 114
- (8) E. Fernández de Pinedo (1980), pp. 40-44 y A. García Sanz (1985), p. 656
- (9) E. Larruga (1792), XIX, p. 175
- (10) J. Piqueras (1989, 1), pp. 71-72
- (11) E. Larruga (1792), XIX, pp. 175-176
- (12) Ibid, pp. 225-265
- (13) Ibid, p. 265-266
- (14) Ibid, p. 268
- (15) Ibid, p. 270
- (16) Ibid, p. 278
- (17) Ibid, p. 283
- (18) J. Piqueras (1990), p. 45
- (19) P. Vilar (1987), pp. 272-279
- (20) J. Torras (1985), p. 155
- (21) J. Piqueras (1990), p. 46
- (22) L. Prados de la Escosura (1982) , pp. 187-188
- (23) Ibid (1982), p. 188
- (24) M. Berg (1987), p. 269
- (25) J. Piqueras (1989, 2), p. 276
- (26) J. Piqueras (1987), pp. 66-67
- (27) T. Carnero (1986), pp. 291-292
- (28) Medick, Kriedte y Schlumbohm (1986), pp. 18-19
- (29) Ibid (1986), pp. 152-160 y P. Kriedte (1986), pp. 178-179
- (30) J. Piqueras (1989, 2), p. 82

- (31) Ibid (1989, 2), p. 83
- (32) Ibid (1989, 2), p. 83
- (33) J. Piqueras (1989, 2), p. 83
- (34) J. Piqueras (1989, 2), p. 83
- (35) Ibid (1989, 2), p. 76
- (36) Ibid (1989, 2), p. 84
- (37) Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986), pp. 217-218
- (38) J. Piqueras (1989, 2), pp. 72-75
- (39) Ibid (1989, 2), p. 86
- (40) J. Romero (1983), pp. 55-73
- (41) J. Piqueras (1987), p. 68
- (42) Catastro del Marqués de la Ensenada (1752), T. III
- (43) J. Piqueras (1981), p. 161
- (44) E. Labrousse (1962), pp. 375-377
- (45) A. González Enciso (1981), p. 74
- (46) F. Mendels (1981)

BIBLIOGRAFIA

BERG, Maxine (1987), La era de las manufacturas, 1700-1820, Barcelona, Crítica.

BERNABEU, R. (1982), Historia de Requena, Requena

CARNERO, T. (1986), "Expansión vinícola y atraso agrario, 1870-1900", en el volumen editado por Ramón Garrabón, Historia agraria de la España contemporánea, tomo II: Expansión y crisis (1850-1900), pp. 279-300, Barcelona, Crítica.

DEYON, P. y MENDELS, F. (1982): "La proto-industrialización: theorie et réalité", Programme de la section A2 du Huitième Congrès International d'Histoire Economique, Budapest, publicado en Revue du Nord, núm. 248, 1981, pp. 11-19

FERNANDEZ DE PINEDO, E. (1980): Centralismo, Ilustración y Agonía del Antiguo Régimen, tomo VII de Historia de España, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Barcelona, Labor.

FERNANDEZ DE PINEDO, E. y HERNANDEZ MARCO, J., eds. (1988): La industrialización del norte de España, Universidad del País Vasco, Editorial Crítica, Barcelona.

GARCIA SANZ, A. (1985): "La agonía de la Mesta y el hundimiento de las exportaciones laneras: un capítulo de la crisis del Antiguo Régimen en España", en el volumen de R. Garrabón y A. García Sanz, Historia agraria de la España contemporánea, t. I: Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850), Barcelona, Crítica.

GONZALEZ ENCISO, A. (1981): "La protoindustrialización en España", Revista de Historia Económica, Año II, nº 1.

IRADIEL, P. (1974): Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI, Salamanca

KRIEDTE, P. (1986): Feudalismo tardío y capital mercantil, Barcelona, Crítica

KRIEDTE, MEDICK, SCHLUMBOHM (1986): Industrialización antes de la industrialización, Barcelona, Crítica.

LABROUSSE, E. (1962): Fluctuaciones económicas e historia social, Madrid, Editorial Tecnos.

LARRUGA Y BONETA, E. (1787-1800): Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábrica y minas de España, 45 volúmenes, Madrid.

PIQUERAS, J. (1979): "Los precios de la seda, el aceite y el vino en el siglo XIX", Estudis. Revista de Historia Moderna, n.º 7, departamento de Historia Moderna, Universidad de Valencia.

PIQUERAS J. (1981): La vid y el vino en el País Valenciano. Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia

PIQUERAS, J. (1987): "Propiedad agraria y cultivos en Requena (Valencia)", en Oleana. Cuadernos de Cultura Comarcal, 3, C. E. R. Requena.

PIQUERAS, J. (1989, 1): "La sedería de Requena. Siglos XVI al XX", Homenaje a Sebastián García Martínez, pp. 481-493, vol. I, Valencia.

PIQUERAS, J. (1989, 2): "La sedería de Requena: siglos XVI-XIX. Una síntesis de geografía histórica". Oleana. Cuadernos de Cultura Comarcal, 4, pp. 69-88, C. E. R., Requena

PIQUERAS, J. (1990): Geografía de Requena-Utiel, Requena, C. E. R.

PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1982): "Comercio exterior y cambio económico en España (1792-1849)", pp. 171-249, en J. Fontana (ed.), La economía española al final del Antiguo Régimen, t. III: Comercio y colonias, Madrid, Alianza Editorial.

ROMERO GONZÁLEZ, J. (1983): Propiedad Agraria y Sociedad Rural en la España Mediterránea. Los casos valenciano y castellano en los siglos XIX y XX, Madrid, Ministerio de Agricultura.

TORRAS ELIAS, J. (1985): "Aguardiente y crisis rural. Sobre la coyuntura vitícola 1793-1832", pp. 151-173, en R. Garrabon y A. García Sanz, Historia agraria de la España contemporánea, t. I, Barcelona, Crítica.

MENDELS, F. (1981): "Les temps de l' industrie et les temps de l' agriculture. Logique d'un analyse régional de la proto-industrialisation", Revue du Nord, LXIII.

COLEMAN, D.C. (1985): "Protoindustrialización. Un concepto abusivo", Debats, n.º 12, junio, Valencia.

VILAR, P. (1987): Cataluña en la España moderna, t. II: Las transformaciones agrarias, Barcelona, Crítica.